

templos fabricados por las manos de los hombres. Bajo vuestra salvaguardia la pongo, fieles todos de Monterrey, pero sobre todo de vosotros, ¡padrinos y madrinan de esta augusta ceremonia! A vosotros, como representantes de lo más selecto de la católica población de estas regiones; á vosotros, cuya influencia no se limita al estrecho círculo de una familia ó de un hogar, á vosotros os hemos convidado, no sólo por gratitud ó cortesía, sino para constituíros guardianes especiales del nuevo templo.

Apenas vuestros hijos ó nietos empiecen á caminar con vacilante paso, ó á balbutir las primeras palabras, conducidlos sin demora á esta Casa de oración y, mostrándoles el augusto tabernáculo, decidles: amad esta mansión sagrada más todavía que á nosotros mismos, porque es la Casa del Señor: *hæc est domus Domini*.

Cuando de tierras más ó menos lejanas vengan viajeros á visitaros y visitar vuestra ciudad, no dejéis de conducirlos á este grandioso edificio; y haciéndoles admirar sus gigantescas bóvedas de bien cimentadas piedras, decidles: esta es la casa que la religiosidad de nuestros conciudadanos, en los tiempos al parecer menos propicios, edificó al Señor nuestro Dios: *hæc est domus Domini*.

Si, lo que Dios no quiera, manos codiciosas ó impías pretendieren destinar á usos profanos el sagrado edificio, formad con vuestros cuerpos, frente á la entrada, impenetrable barrera, y detened al osado que intentare avanzar, clamando valerosos con voz de trueno: ¡atrás, desdichados! Esta es la Casa del Señor, y del Señor tan sólo. ¡Ay del que avance á profanarla! *Hæc est domus Domini*.

¡Oh, qué consuelo para los pobres mortales el poseer en medio de nosotros la Casa del Señor! ¡Qué alivio para

el desdichado sin hogar ni techo, el poder penetrar en la sagrada mansión del que es su padre y su Dios, y allí derramar sus lágrimas y plegarias, sin temor de que manos orgullosas lo arrojen del sagrado recinto! ¡Qué dulce placer para un creyente el poder entretenerse largas horas en tiernos coloquios con Jesús sacramentado, presente día y noche bajo las especies eucarísticas!

¡Y qué motivo de legítimo orgullo para los habitantes todos de esta ciudad y diócesi, el ver que la morada que se ha levantado al Omnipotente no es ya una choza insignificante, ni una capilla ú oratorio de raquíticas dimensiones, sino una Basílica, una verdadera Basílica, aun sin la porción considerable que todavía no se termina, y que oculta el ábside provisorio que tenéis á la vista!

Habrán llegado á vuestros oídos los reproches que á menudo nos dirigen extranjeros malévolos ó compatriotas ignorantes. “Nada sabe hacer, nos dicen, esta generación. Sirve, sí, para derribar Iglesias ó venderlas á bajo precio á enemigos del culto y de la patria. Pero ¿qué edificios dignos de tal nombre, sagrados ó profanos, ha construido?”

Cuando tal os echen en cara, traedlos á la Basílica del Roble; mostradles esos profundos cimientos, esos gruesos muros de sólida cantería, esas elevadas bóvedas de piedra tan ligera como fuerte, que de propósito he mandado que quede descubierta, para hacer patente la solidez del edificio; mostrádselo todo y decidles: ¿Nada hace la generación presente? Ved ahí una prueba de que, con menos elementos que las que le precedieron, en circunstancias totalmente adversas, ha llevado á cabo una obra

digna de la fe antigua, ha construido un templo firmemente edificado que durará largos años, y del cual no se avergonzará ninguna generación, ninguna raza, ninguna nación. *Hæc est domus Domini firmiter ædificata.*

Hace treinta años que mi venerable Predecesor puso la primera piedra del edificio que hoy dedicamos al culto del Señor. Grandioso fué el proyecto desde el principio, y después se reformó bajo un plan todavía más vasto, como vosotros, Señores, sabéis mejor que yo. ¡Cuántos obstáculos no se opusieron á la realización de la empresa, apenas se habían abierto los cimientos! ¡Qué tiempos tan aciagos sobrevinieron, que obligaron á suspender los trabajos, y habrían desanimado á cualquiera menos constante y esforzado que vuestros padres y vosotros! Pero, pasada apenas la tempestad, se continuó la obra sin variar en lo esencial el plan primitivo, á pesar de las muchas razones que sugerían que se abandonasen proyectos irrealizables por grandes, y se resolviese la construcción de un oratorio humilde. Gracias al cielo nada quebrantó la constancia de directores ni contribuyentes, y hoy podemos exclamar llenos de regocijo: *hæc est domus Domini firmiter ædificata.*

Hace seis años que, visitando accidentalmente esta ciudad, de que aún no era yo Prelado, tuve la satisfacción de predicar en honor de Nuestra Señora del Roble, en este mismo recinto en que ahora os dirijo la palabra. Sus paredes ya se elevaban majestuosas; pero no nos cubría más bóveda que la del azulado firmamento. Año y medio después, al tomar posesión de esta sede á que acababa de nombrarme el reinante Pontífice, en este templo del Roble me dirigisteis las primeras felicitaciones, y

recibí vuestros primeros homenajes. Empezaba ya entonces á tenderse el techo; y desde ese día vuestras limosnas, socorros inesperados de piadosos bienhechores, y más que todo, la protección no desmentida de la Virgen sacrosanta, nos permitieron continuar los trabajos con tal actividad, que hoy podemos exclamar agradecidos: venid á la Casa del Señor, construida con tanta prontitud como solidez, *hæc est domus Domini firmiter ædificata.*

Al terminarse las bóvedas de las naves; al ver abierto delante de mí el inmenso círculo que ha de coronar la cúpula, vacilé un instante sobre el partido que debía tomar. ¿Convenía, como no faltó quien me sugiriera, dejar la imagen de Nuestra Señora en su oratorio antiguo, sin trasladarla hasta la terminación del cimborrio? Esto equivalía á aguardar diez ó veinte años; á dejar entretanto inútil esta vastísima Iglesia; á correr el riesgo de que el desaliento cundiera entre los donantes, viendo que en tanto tiempo nada se concluía.

¿Convenía, como otros opinaban, abrir al culto el nuevo templo en toda su extensión, pero dejando descubierto el espacio que ha de llenar la cúpula, para que los fieles, al arrodillarse entre el polvo, viendo andamios y maromas, alarifes y canteros, se estimulasen más y más á contribuir á trabajos no interrumpidos? Así ví yo en mi infancia la que es ahora Catedral de León; y confieso que la lluvia mojado el pavimento y bañando á los fieles, los rotos cantos y montones de argamasa, interponiéndose entre el altar y la piadosa muchedumbre, dejaron en mí una impresión tan desagradable, que deseché al instante un proyecto, á mi ver poco acomodado al decoro del culto,

y muy á propósito para desterrar de esta Iglesia aun á los más devotos.

Un medio adopté entre ambos extremos; y se me figura que he tenido razón. Cuando visité la última vez la Eterna Ciudad, grandes trabajos se habían emprendido en la Basílica Lateranense, llamada no sin razón Madre y Cabeza de todas las Iglesias del Orbe: *omnium Ecclesiarum Mater et Caput*. ¿Por ventura se desterró al Cabildo de su coro, y se cerraron las puertas á los fieles? Muy lejos de eso, un muro provisorio dividió á los obreros, del clero y del pueblo devoto; y mientras de un lado se entonaba sin cesar la acostumbrada salmodia, del otro resonaban asiduos martillo y escoplo, sin que ni el culto ni los trabajos se interrumpieran ó estorbaran mutuamente. Algo parecido se practicó en mi ciudad natal durante los largos años que se estuvo fabricando la cúpula de la Iglesia de la Compañía, que no tiene rival en el país, y de que quiero que sea digna hermana, aunque menor, la del Santuario del Roble de Monterrey.

No he procedido, pues, llevado de puras teorías, sino fundado en la práctica y en la experiencia, al inaugurar el templo, tal como hoy se encuentra, y al ocultar los trabajos que van á emprenderse, tras de la cortina de piedra á que se apoya actualmente el altar mayor. Y si alguno, condolido por unos cuantos centenares de pesos, gastados en un muro destinado á derribarse muy pronto; si alguno preguntare: ¿para qué tamaño desperdicio, *ad quid perditio hæc?* yo le responderé: no es desperdicio lo que contribuye grandemente al decoro de la Casa de Dios. No es desperdicio lo gastado en una pared que cierra este Santuario, dejándolo aun así, mayor que nues-

tra Catedral; que pone á los fieles al abrigo de todo peligro de un desplome; de la caída de una piedra homicida; de la lluvia, y del polvo, y del vendaval. No es desperdicio una pared que permitirá á los obreros trabajar todo el día, sin cesar á la hora de los divinos oficios, y á los fieles dejará rezar pacíficamente, no sólo un momento por la mañana y al caer la tarde, sino desde la aurora hasta la noche, aunque tras del altar rechine la madera y crujan los cables, grite el peón y clame el sobrestante.

Pero quienquiera que pase el muro divisorio, podrá oír el ruido y el clamoreo, y contemplar la actividad de los no interrumpidos trabajos. Quienquiera que, desde el centro de la Iglesia, levante los ojos, podrá ver la bien pintada perspectiva que representa el gran Santuario, tal como quedará cuando se haya ultimado. ¿Quién habrá entonces, tan duro, que al examinar detenidamente cuanto se ha hecho, cuanto se está haciendo, cuanto resta que hacer, no se sienta movido á duplicar, y aun centuplicar su óbolo acostumbrado? Así, lo que parece desperdicio de pocos centenares, no es sino el medio de atraer muchos miles. Es como la cimbra y los andamios, que aunque destinados á demolerse, son necesarios para la construcción.

Entretanto, la sagrada imagen de la Virgen Santísima, á que por tantos años habéis tributado un culto tan singular, morará en un trono y en un templo más digno de la augusta Señora que representa. Morará como reina y soberana, rodeada de vistosa corte y circundada de graciosos altares. He querido, Señores, dejaros en este espléndido Santuario, que me ha tocado la dicha de dedicar al Señor, un recuerdo vivo y permanente de algunos de vuestros Obispos. En un altar se venerará la sober-

bia pintura de María Santísima de Guadalupe, que perteneció al segundo Prelado de Linares, el Illmo. Sr. D. Fray Rafael Verger. Este digno Pontífice, cuyos beneficios á esta población fueron tantos y tan grandes, que ni el tiempo ni la codicia han podido borrarlos totalmente, quiso que este cuadro de su predilección recibiera culto perpetuo en la capilla de la que era entonces su casa, y en lo futuro debía ser Seminario. Pero ¿qué hay perpetuo en nuestro suelo, ni qué voluntad se respeta? Manos rapaces han disipado los fondos consagrados á un culto tan grato para todo mexicano, é injustos poseedores retienen la casa y capilla destinadas al cultivo de la ciencia y á la veneración de la sagrada imagen. Privado, por fuerza mayor, de cumplir á la letra con la voluntad de mi venerado Antecesor, me he visto obligado á interpretarla, trayendo la dulce efigie al lugar donde mejor recibirá el culto y los homenajes que deseaba su piadoso dueño. La confío á vosotros ¡oh fieles de Monterrey! ¿Aceptáis el legado de un Obispo á quien, entre otros muchos beneficios, debe esta ciudad la introducción del agua con que aun hoy día apagáis vuestra sed?

Más todavía que al santo de su nombre, mi lamentado inmediato Predecesor profesó devoción tiernísima al Protomártir del sigilo de la confesión, al insigne canónigo y gloria de Praga, San Juan Nepomuceno, patrono de la honra y buena fama. Donde quiera que pudo le erigió altares; en público y en privado fomentó su culto; dió su nombre al Colegio por él fundado; pronunció con el Cabildo un voto perpetuo de tributarle cada mes y cada año insigne homenaje en la Catedral; y por último, proyectaba, á la primera oportunidad, levantarle una

Iglesia. En memoria, pues, de vuestro llorado Obispo, el Illmo. Sr. Dr. D. Francisco de Paula Vereá, he erigido un altar al ilustre sacerdote de Nepomuk; y ahí tenéis su estatua, recién venida de la remota Alemania.

Hay un Santo muy venerado en todo México. Dondequiera se ven sus imágenes, dondequiera hay altares dedicados á su nombre; muchas Iglesias se levantan á él consagradas, y no pocos pueblos é insignes ciudades lo reconocen patrono. Y con razón. Fuera del patrocinio dispensado desde el cielo, sus hijos dieron á nuestra patria más gloria y renombre que cualquiera otra corporación. Por centenares se cuentan los escritores salidos de su seno durante dos siglos, cuyas obras son leídas y celebradas, no por un puñado de admiradores ó un partido apasionado, sino por generaciones enteras, y por naciones que sólo por ellas conocen y respetan á México. Los mejores colegios de nuestro país á ellos se deben; muchas de las mejores Iglesias, ellos las fabricaron; muchas tribus y pueblos por ellos vieron la luz del Evangelio.

Y ¡cosa extraña! ese insigne Santo, á quien, como fuente y origen de tamaños beneficios, debemos tanta gratitud, no tiene en estas fronteras ni un templo ni un altar; nuestro pueblo no conoce su imagen, y casi totalmente ignora su historia. Al mismo tiempo que darle el puesto de honor que se le debe, he querido que al venerar al Santo cuyo nombre de fuego lleva, aunque indigno, el Prelado que actualmente rige vuestra Iglesia, os acordéis también del que erigió el altar y dedicó esta Basílica. Ahí tenéis bellamente esculpido por bávaro artista, á mi venerado Patrono, al glorioso fundador de la Compañía de Jesús, San Ignacio de Loyola.

Mas basta ya. Tiempo es de remontar nuestro vuelo más alto, y de tratar de otra edificación más sublime. Mi discurso será apropiado á las circunstancias (os diré de nuevo con San Agustín) siempre que contenga algo de edificante; siempre que las palabras que os dirijo, mientras el Señor os edifica interiormente, aprovechen á vuestras almas, y contribuyan á vuestro adelanto espiritual. *Tunc autem sermo noster congruus erit, si in se aliquid ædificationis habeat, quod utilitati animarum vestrarum, Deo vos interius ædificante, proficiat.* No os pese prestarme aún vuestra atención.

## II

Si el Señor no edifica la casa (dice el Salmista) es vano el trabajo de arquitectos y obreros; en balde se afanarán príncipes y pueblos; sin provecho alguno se hacinarán tesoros y se amontonarán materiales. *Nisi Dominus ædificaverit domum, in vanum laboraverunt qui ædificant eam.* Sus paredes caerán desplomadas, destruirá el agua sus cimientos, y los más ricos materiales formarán tan sólo despreciable muladar. Aunque millares de esforzados atletas se empeñen en guardar un castillo, una plaza, una nación, si el Señor no es quien la custodia, perderán su trabajo atalayas y defensores. *Nisi Dominus custodierit civitatem frustra vigilat qui custodit eam.*

Tenedlo entendido ¡oh fieles que os halláis congregados en derredor de vuestro Prelado! No son vuestros donativos, grandes ó pequeños, los que han edificado este templo de que estáis legítimamente orgullosos, sino la protección que os ha dispensado el Señor. No será tampoco un cuidado proveniente de meros sentimientos humanos, el que podrá conservarlo á la posteridad. Otros más sólidos han sido derribados á nuestra vista, ó destinados á usos indignos de la Casa de Dios. El Señor tiene que presidir á los trabajos de construcción, el Señor ha de ser el principal defensor y guardián del santuario. Si queréis que estas piedras, con tanto trabajo cimentadas, no se desprendan una á una del sagrado